



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 35.

DIRECTORA,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El Jugador, por D. Antonio Morales Duran.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Junto á las olas**, poesía por Don Francisco Díaz Carmona.—**El Rey ciego**, leyenda, por Don Francisco Jimenez Campaña.—**Variedades**.

EL JUGADOR.

LEYENDA.

(CONTINUACION).

—No te aflijas, esposo mio, decíale su mujer: ya querrá Dios que todo nos sea favorable.

—¡Imposible! exclamaba Pedro desesperado.

—Apuraremos cuantos recursos estén á nuestro alcance hasta conseguir que puedas irte á tu destino.

—¡Recursos! y cuáles son, Angela? Sin duda olvidas nuestra posicion, ó de lo contrario estás delirando.

—No desconfíes, Pedro, ten fé para sufrir con resignacion.

—¡Fé!; palabra vana que los hombres han in-

ventado para consuelo de sus cuitas! ¿Cómo quieres que tenga fé si conozco que todo cuanto me sucede es un castigo de la Providencia?

Un suave golpe dado á la puerta de la buardilla interrumpió el diálogo de los cónyuges.

—Abre, Ángela, murmuró Pedro estremeciéndose. Será algun acreedor el que viene á verme. ¿Qué importa una pena más á quien tantas sufre!

Abrió Ángela y un anciano de venerable aspecto, elegantemente vestido, le preguntó:

—¿Vive aquí D. Pedro Cienfuegos?

—Si, señor, pase usted, respondióle la pobre mujer sorprendida á la vista de aquel hombre para ella desconocido, é introduciéndole en el zaguizami.

No menos que la de su esposa fué la sorpresa de Pedro que con exquisita amabilidad ofreció una silla de las cuatro que habia en la habitacion, al anciano.

Despues de cambiarse los cumplimientos de costumbres en tales casos, dijo éste:

—Sin duda estrañarán ustedes mi presencia, pero voy á decirles en breves palabras el asunto que me impulsa á hacerles esta visita.

Aumentaba por minutos el asombro y la cu-

riosidad de Ángela y Pedro, que se hacían un mundo de conjeturas cuando el anciano continuó:

—Si es cierto, por desgracia, que existen criaturas egoistas y miserables que hacen caso omiso de los infelices que encuentran á su paso, es innegable también que hay corazones nobles dedicados á socorrer el infortunio que hay en la tierra, ángeles de paz cuyo destino es enjugar las lágrimas de los pobres, que en sus alegrías encuentran mitigar los dolores de los menesterosos y que con pródiga mano reparten el suave bálsamo del consuelo á las almas que sufren. Pues bien: uno de esos seres bendecidos, conocedor de las tristísimas circunstancias porque Vds. atraviesan, me envía á esta casa á suplicarles que acepten esta dádiva; y al decir esto, sacó el anciano de su bolsillo su cartera, y de ella un billete de Banco.

—Caballero, exclamó Pedro, cubierto de rubor su antes pálido rostro: nunca recibiremos un beneficio de una persona desconocida. Aun soy jóven y puedo trabajar para ganar el sustento á mi familia sin necesidad de aceptar proposiciones del género de la que usted nos hace.

—No es deshonra recibir un regalo; hágame pues el obsequio de atender mi demanda, repuso el anciano con dulce y cariñoso acento.

—¡Jamás! exclamó Cienfuegos. Ya lo he dicho una vez y mi resolución es irrevocable.

—Desista usted de su empeño, yo se lo ruego por sus inocentes hijos, por su virtuosa esposa.

—¡Mi esposa, mis hijos! gritó Pedro con los ojos arrasados de lágrimas é inclinando su cabeza sobre el pecho, agobiado bajo el peso de su infortunio. Terrible lucha sostenían su corazón de padre y marido con su orgullo de hombre. Si aceptaba la limosna que le ofrecían podría socorrerlos é irse á París, rehusándola no iban á encontrar alivio á sus pesares.

Trascurrieron algunos instantes de silencio solamente interrumpido por los sollozos de Ángela que lloraba amargamente.

Entre tanto, el anciano se puso de pié, cogió su sombrero que estaba sobre una silla, dejó caer el billete de Banco en el suelo y sin decir una palabra, sin hacer un saludo desapareció aprovechando la oportunidad que la triste actitud de los esposos le ofreciera.

Apenas se había marchado el anciano cuando le echaron de menos Pedro y Ángela, que no lo graban comprender las razones que hubiera podido tener para emprender tan precipitada fuga. Corrió Cienfuegos á la puerta de la buardilla y no encontrándole se lanzó á la calle en la que miraba á todos los transeuntes pretendiendo en-

contrar entre ellos á su incógnito visitante, pero no consiguió su objeto; el generoso anciano había desaparecido. Volvió Pedro al lado de su mujer con las manos crispadas y los ojos inyectados de sangre, murmurando en el colmo de la desesperación:

—¡Qué horrible martirio; me humillan con una oferta y cuando en obsequio á mi familia, me decido á aceptarla, huye ese hombre de mi presencia cual una visión maldita. Yo, que jamás desatendí á los que me pidieron un favor; que derroché montones de oro, me encuentro ahora pobre, despreciado por los mismos que en mejores tiempos me ofrecieron su amistad y me brindaron su fortuna. El que alegremente estrecha nuestra mano cuando somos ricos y nos considera como los ídolos ante los cuales inclina su cerviz, nos abandona en la desgracia y teme nuestra presencia cual si pudiera contagiarse. Ya se vé, un pobre no sirve mas que de estorbo y molestia y no es digno de vivir entre los privilegiados por la suerte!

Aumentaba por instantes la febril exaltación de Pedro, cuando Ángela, que hasta entonces había permanecido silenciosa, exclamó de repente:

—¿Qué es esto? Y así diciendo levantó del suelo un papel que entregó á Pedro, exclamando:

—Mira, es un billete de Banco.

—Por valor de cuatro mil reales, repuso Cienfuegos. ¡Ah! ya me lo explico todo: sin duda ese noble anciano lo ha dejado en este sitio para que pudiesemos recogerlo, dándonos de este modo una limosna sin herir nuestra susceptibilidad.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! murmuró Ángela cayendo de rodillas. El cielo ha atendido mis súplicas, el Señor oye siempre los ruegos de los desgraciados.

—No sé lo que pasa por mí en este momento, exclamó Pedro. Creo que esto es un sueño, que soy víctima de una cruel pesadilla. Un desconocido que viene á regalarme un billete de Banco, sin decirme su nombre, manifestándome que lo envía una persona caritativa y que desaparece como por encanto. ¡Ah! yo no debo quedarme con este billete, tal acción sería un ultraje á mi honra.

—No ofendas á Dios, repuso Ángela. Él ha querido probarte hoy que existe el bien en la tierra. Desecha esas preocupaciones que te mortifican; deja á un lado tu soberbia y tu orgullo. Y sinó, Pedro, acuérdate de tus hijos.

—Tienes razón, no debo vacilar; antes debe ser mi cariño de padre que mi vanidad de hom-

bre. Estoy resuelto, iré á cambiar este billete y mañana me marchó á París.

Vuestro recuerdo me prestará fuerzas para sufrir con resignacion mi desventura; vosotros sereis mi consuelo en la adversidad como fuisteis mi alegría en mejores tiempos.

Ya por mi bien dejó de ser ecéptico: es verdad que existe un Dios misericordioso que premia al bueno y perdona al culpable.

Una hora despues desde que tuvo lugar la escena que hemos descrito, cambió Pedro el billete, le compró á su mujer algunas prendas de ropa que le hacian imprescindible falta y al dia siguiente tomó el tren que habia de conducirle á París.

II.

Algunos dias despues de aquel en que Pedro habia abandonado la capital de España, llegó á París. Tomó un carruaje de plaza y dirigióse casa de su noble amigo.

Con indecible placer lo estrechó en sus brazos Enrique del Villar, y cuando se hubo enterado perfectamente de la situacion de Pedro, que no ocultó nada de lo que le sucedia al comerciante, le encargó éste del despacho de su escritorio é hizole depositario de su confianza; señalóle un medianio sueldo; le aconsejó cariñosamente que trabajase con asiduidad, ahorrando lo posible para socorrer á su pobre familia, y manifestóle que si alguna vez volvía á jugar lo arrojaría en el acto de su establecimiento. Ofreció Pedro cumplir religiosamente las prevenciones de su amigo al mismo tiempo que le demostró en breves pero elocuentes frases su gratitud por el beneficio que se dignaba hacerle.

Desde entonces todas las mañanas sentábase Pedro á su bufete y escribía hasta la hora de comer; tomaba café y cuando sus ocupaciones se lo permitian, se encerraba en la habitacion que en casa de Enrique se le habia designado, y se ponía á leer, buscando en la soledad y los libros consuelo á la pena que aun destrozaba su corazon.

Tres meses habian transcurrido desde que Cienfuegos llegara á París, en cuyo tiempo logró enviar á su mujer, con la que sostenia frecuente correspondencia, la cantidad de ochocientos francos.

Enrique se congratulaba de haber convertido al bien á un hombre que por espacio de tantos años caminara por la senda del mal, y era para Pedro más que su jefe, un hermano, en quien depositaba su confianza y su cariño.

El de Villar, jóven aún, exclusivamente de-

dicado al comercio, aunque sin ser ambicioso, cifraba su placer en acrecentar la no escasa fortuna que poseía, y su orgullo en estar considerado como modelo de honradez y caballerosidad. Enrique era soltero, desconocía el amor y compartía el afecto de su alma entre su anciana madre y su pobre amigo.

Una tarde, á puestas de sol, salió Pedro á dar un paseo con un compañero de escritorio que representaba unos veinticinco años de edad y que gozaba fama de calavera.

Nubes de oro y grana cubrian el firmamento, y al contemplarlas Pedro pensaba en el hermoso cielo de España; en los apacibles dias de su risueña niñez, en la miserable buhardilla donde esperaban su regreso su amante esposa y sus queridos hijos.

La muchedumbre que bullia por las calles de París; los coches que corrian en todas direcciones, ese lujo, esa animación propia de las grandes capitales, le recordaba á Madrid, y triste proscripto suspiraba por su patria.

Entró Cienfuegos con su compañero en un muy concurrido café; apuró una botella de cerveza y se disponía á regresar á la tienda cuando el jóven le dijo:

—Venga V. á pasar un rato conmigo en la tertulia.

—Se lo agradezco, respondió Pedro, pero no acostumbro á ir á reuniones de ninguna clase.

—Sin duda no me ha entendido V., quiero decir que subiremos á la sala de juego, repuso su acompañante, señalando una escalera de caracol que conducía al piso principal del establecimiento donde se encontraban.

—¡Oh, nunca! exclamó Cienfuegos como horrorizado por tales palabras.

—No sea V. niño; cualquiera diría que le ha ruborizado mi proposicion, murmuró el jóven sonriendo maliciosamente.

—Tengo razones muy poderosas para no aceptar su invitacion; respételas amigo mio.

—No hablemos más, cada uno tiene sus caprichos. Hasta luego, exclamó el jugador tendiendo la mano á Pedro en señal de despedida.

—Adios, contestó éste casi entre dientes, y vió subir por la escalera á su compañero.

Pensativo quedóse Pedro y como abrumado, de pié en medio del café, sin saber qué resolucion adoptar.

(Concluirá).

Antonio Morales Durán.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

Y luego ¡hablaban los dos con tal calor! habia tanto anhelo en las miradas que ambos se dirigian, que Dervil temblaba de enojo, y apenas se fijaba en las palabras que Fanni le decia con voz dulcísima y amante.

—Es muy amiga de V. esa jóven? exclamó al fin sin apartar sus ojos de Elena.

—Oh! sí, mucho.

—Creo... que hasta hoy, no la conocia el señor de Montalvan?

—Es cierto: hasta hoy no ha venido á casa; pero mi padre la habia visto en sus ventanas, que, ya lo vé V., se divisan desde aquí.

—En efecto; y... segun parece, el padre participa de los sentimientos de la hija, porque desde que habla con esa jóven, no tiene un pensamiento para nadie.

—Sí, se ocupa de ella únicamente, y yo lo celebro con toda mi alma: Elena vale mucho.

—Efectivamente, es muy hermosa.

—Mi padre ansiaba mucho verla á su lado.

—De veras?

—Por ella, por verla aquí solo, se ha improvisado esta comida.

—Por ella! es singular.

—Casi, casi, respondió Fanni sonriendo; en cuanto á mí, puedo decir que jamás he visto á mi padre mas preocupado por una idea, que lo estaba hoy por la venida de Elena.

Las inocentes palabras de la jóven causaban en Dervil un efecto terrible.

Aquel interés de que le hablaba, aquel afán desconocido en el banquero, solo podian tener para él una explicacion: la de que Héctor amaba á la amiga de su hija.

Este pensamiento quemaba su cerebro como un hierro candente, y estremecido por él, Ricardo dió dos ó tres pasos, arrastrando consigo á Fanni.

—Dónde vamos? preguntó la jóven con extrañeza.

—Á reunirnos con su amiga de V. y con el señor de Montalvan á quien tengo que hacer algunas preguntas.

Y sin esperar respuesta se dirigió á la glorieta donde estaban Héctor y Elena.

La turbacion de estos al ser interrumpidos de aquel modo, fué tan marcada, que vino á confirmar las sospechas de Ricardo.

Elena, trastornada por las emociones que aca-

baba de experimentar, estaba pálida como la hoja de la azucena, y se habia dejado caer en un banco de piedra, incapaz de sostenerse en pié.

Dervil se acercó á ella y la preguntó con acento concentrado é indefinible:

—Qué tiene V., señorita? su semblante está alterado y su mano tiembla.

—Oh! esto no es nada, respondió la jóven probando á sonreirse.

—Nada! añadió Ricardo con oculta cólera; nada, y apenas puede V. formular una frase.

—Es cierto, Elena, estás descolorida y tu acento no es seguro; dijo Fanni acercándose.

—No te cuides de ello, hija mia, se apresuró á responder Héctor viniendo en auxilio de la jóven; esta señorita se siente bien, y solo el fresco de la noche puede haber robado el color á sus mejillas.

—Oh! parece que sufres, murmuró la hija del banquero á media voz y tomando la mano de su amiga.

—Te engañas, respondió ésta en el mismo tono, pero no tan bajo que no pudiera oirla Ricardo: te engañas, hace mucho tiempo que no he sido tan feliz como esta noche!

Dervil sintió estas palabras caer en su corazon: sus celos estallaron con fuerza sin igual, y sin pensar en lo que hacia, solo anheló devolver la herida que acababa de recibir.

Se aproximó, pues, á Fanni, y mirándola de un modo singular,

—Oh! dijo: sigamos, pues, nuestro paseo, interrumpido por un momento; no quiero malograr estos instantes que me hacen el mas dichoso de los hombres, puesto que en ellos estoy al lado de un ángel, de un ángel que es el dueño de mi vida.

Y dando el brazo á Fanni se dispuso á separarse de aquel sitio.

Estas palabras habian producido efectos bien contrarios en cuantos llegaron á oirlas.

Héctor, preocupado con sus pensamientos, quizá fué el único que no se apercibió de ellas.

Fanni sintió su corazon latir mas rápidamente, y en su bellissimo semblante se reflejó una alegría infinita.

Ya no habia duda. Ricardo la amaba.

Sus mas hermosos sueños se realizaban en aquel momento.

En cuanto á Elena, quedó inmóvil petrificada, muda.

El golpe no podia ser mas mortal: todas sus ilusiones, todos sus sueños acababan de desaparecer para siempre.

Su amor, aquel primer amor de su alma en

que habia encerrado su existencia, era una pasion estéril, sin recompensa y sin porvenir.

Elena lo olvidó todo en aquel instante: su padre, que estaba allí, junto á ella; su madre cuya historia acababa de saber; todo menos su cariño á Ricardo, menos su desengaño, menos sus celos, menos el dolor que sufría su pobre alma.

Dervil, sin saber el daño que la habia hecho, se alejaba lentamente con Fanni por una calle de árboles.

Y Elena le miraba partir con los ojos extrañados, la respiracion anhelante y los labios exalando un ¡ay!

Y el vestido blanco de su amiga, flotaba agitado por las brisas de la noche cada vez á mayor distancia.

La jóven se llevó una mano al pecho, volvió la vista como buscando un corazon amigo, y se encontró con Héctor que la contemplaba sin comprenderla.

—¿Qué tienes? la preguntó éste muy bajo, viendo que nadie podia oírlos.

—Ay, padre! murmuró la niña con una voz mas imperceptible que la de las auras que dormían en las flores; ay, padre! Ricardo ha dicho que la ama, ¿es verdad que lo ha dicho, ó ha sido ilusion de mis sentidos?

—Oh! no sé; pero así debe ser: quiera Dios que así sea.

—Que la ame á ella?

—Sí.

—Pero quiere V. mi muerte? quiere V. mi desgracia eterna? dijo Elena con desesperacion.

—Cómo! qué vas decir?

—Que ese hombre....

—Acaba!

—Era el esposo que habia elegido mi alma.

—Y él....

—Ayer.... hace tiempo decia que me amaba.

—Oh! desgraciado de mí entonces, desgraciado de mí que no tenia mas esperanza que la union de mi hija con ese hombre para salvarme de la ruina y del deshonor.

Aquella exclamacion del banquero fué el choque postrero que en aquel instante pudo resistir Elena, pues aturdida con tantos golpes á la vez, sus ojos perdieron la luz, la faltaron las fuerzas, y cayó sin sentido entre los brazos de su padre.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

JUNTO Á LAS OLAS.

En pié sobre alta roca, que potente
Resiste el choque de la mar airada,
Se vé una anciana, en actitud doliente
Fija en las olas la tenaz mirada.

Sus pardos ojos de expresion sombría
Bajo la frente que canosa albea,
Brillan con fuego intenso y energía
Cuai volcan que entre nieves centellea.

Suelta en mechones y flotando al paso
Del aire errante la fugaz madeja,
Las tristes manos con vigor escaso
Al cielo tiende en suplicante queja.

En valde azota la menuda nieve
Su rostro seco, su cabello cano,
En valde el viento su vestido mueve,
La tarde empieza á declinar en vano.

¡Ella insensible á todo! solo mira
Con ojo inquieto, con mortal recelo
De aquellas olas la creciente ira
Las densas nubes del oscuro cielo.

Cualquiera viendo destacarse el rudo
Contorno suyo entre la bruma leve,
Creyérala quizá fantasma mudo
Ó estatua inerte que forjó la nieve.

Y nó! brotando silencioso y lento
El llanto baña su semblanse hundido,
Y el clamor de las olas y del viento
Eco parece fiel de su gemido.

¡Ay! ¿qué tiene? ¿qué espera? ¿qué la aflige?
¿Qué es lo que busca tras las turbias olas?
¿Por qué á los cielos su oracion dirige
Con su dolor y su inquietud á solas?

¡Ah! silencio! mirad! á los reflejos
De la espirante tarde, entre la bruma,
Un punto se distingue allá muy lejos
Y luego un rastro cual de blanca espuma.

Ya avanza.... ya se agranda.... en el celaje
Del horizonte oscuro se dibuja,
Es una navel contra el negro oleaje
En lucha, al puerto el aquilon la empuja.

Ya se oculta su vela blanquecina,
Ya salvando un escollo va derecha,
Ya el mar á su alrededor se arremolina,
Ya lo surca veloz cual rauda flecha.

Ya oscilando del mar á los enojos
Se alza ó se hunde; ¡compasion, Dios santo!
Grita la anciana, y póstrase de hinojos
Bañado el rostro en caudaloso llanto.

Mas ¡ay! cual si esperanza engañadora
Quisiera reanimar su fe perdida,
De nuevo en el combate vencedora
La nave avanza con la vela erguida.

Y ella avanza tambien. Sobre la roca
Suspenso el cuerpo, errante la mirada
Aguarda inquieta. Ya la vé, ya toca
El marino la costa deseada.

Un esfuerzo y se salva. ¡Hijo, llorando,
Valor! valor! la misera le grita,
Y en esto una ola negra, rebramando
Álzase, y con furor se precipita.

Y despues, por hirviente remolino
Y con violento curso arrebatados.
Desparecen la barca y el marino
En el abierto abismo sepultados.

Y luego nada mas. Las aguas solas
Se oyen bramar con fúnebre armonía,
Y al par voz ténue en medio de las olas
Cual si alguno gritara: ¡Madre mia!

Ante esa voz la anciana estremecida
Sintió cubrir sus ojos nube espesa,
Y dando un salto, cual pantera herida
Por disputar al piélago su presa,

Lanzóse, y de repente la mar brava
Vió avanzar á sus piés con turbulento
Clamor, y aun en su oído resonaba
De ¡Madre mia! el desgarrado acento.

Y cuando haciendo esfuerzos sobrehumanos
Entre el ansia mortal de la agonía,
Asió al tocar con sus crispadas manos
Una cabeza desmayada y fria.

La atrajo á sí con el postrer impulso,
Y al estrecharla contra el seno yerto
Besó con labio cárdeno y convulso
La faz helada del marino muerto.

Luego inclinando la pesada frente
Y en pos el cuerpo inmóvil arrastrando,
Se hundió.... Despues, sobre la mar rugiente
Iban los dos cadáveres flotando.

Francisco Diaz Carmona.

EL REY CIEGO.

LEYENDA MORA.

I.

Iba perdido.

Y el suelo que pisaban sus piés, no era tierra
de su patria.

Él nació en aquella hermosa parte de Andalu-
cía, que tiene sierras con turbantes de nieve,
rios con arenas de oro y plata, jardines como pa-
raísos, y extensa y rica vega por donde corren
enlazados los dos rios, que en su consorcio, pro-
ducen flores que los embalsamen y árboles fron-
dosos de donde cuelguen sus nidos los bulbules.

El mar, hirviente é inquieto, bullia entre su
patria y aquella tierra extranjera, que producía
árboles que no sombrearon su cuna. Sus ojos,
cansados de buscar terreno practicable, que le
sacara fuera del laberinto por la naturaleza for-
mado, ni siquiera brillaban con la esperanza de
encontrar un hombre amigo que le sirviera de
guia.

Y caminaba, caminaba á la ventura, hecha gi-
rones la toca de su turbante, al hombro el arco,
el carcax á la espalda, desnudo el alfange para
abrirse paso en la maleza, perdido el albornoz,
roto su rico traje de príncipe moro, y con una
expresion de amargura en el semblante, compa-
rada á la agonía de las almas que cruzan el
puente Sirat.

Y no habia miedo en su corazon ni á fieras ni
á bandidos; pero un terrible gigante aéreo é in-
visible le asaltaba al paso, y temia encontrarse
con él á solas en el fondo de aquella selva: era el
hambre, mas terrible que el salvaje rugido del
leon en aquellos bosques africanos.

Las aves burlaban las flechas de su arco, y ya
era el segundo dia que caminaba perdido, sin
que á sus labios hubiese podido llevar ni el ver-
de fruto de una silvestre palmera.

—Oh, Fez! murmuró; dónde te encuentras que
no te presentas á mis ojos, con mis palacios lle-
nos de esclavos que me sirvan? Díralo yo ahora
todo, y hasta la Alhambra de mi Granada, si la
tuviera, por un puñado de dátiles, ó por un sor-
bo de leche de camella. Valiera mas morir al pié
de los muros de Granada, alanceado de cristia-
nos, que no de hambre en estas soledades.

De pronto, un grito agudo vino á interrumpirle en sus pensamientos, y en sus ojos brilló la
luz de la esperanza; miró hácia la copa de los
árboles, y vió entre sus ramas revolotear un ave
de figura extraña.

—Me he salvado, exclamó contemplándola con

delirante alegría; este es el pájaro indicador (1), sigámosle, pues, hasta encontrar el alimento que el Profeta me depara; estaba escrito: yo no había de morir en estos bosques.

Y alentado por aquella esperanza, sus miembros cobraron más vigor, y siguió con paso poderoso el lento vuelo del ave, que comenzó á servirle de guía en aquel laberinto de árboles y plantas.

Con el rostro ensangrentado y casi hecho girones su antes rico traje, logró salir de lo más espeso del bosque, y observó que el ave cernió el vuelo sobre unas rocas; que agitó poderosamente las alas como en muestra de alegría y que tornando á gritar como en la selva, se posó sobre la punta escarpada de la más accesible.

Entonces, llevado del hambre, subió á lo alto sirviéndole á veces de apoyo las peñas salientes de la roca; registró con ávida mirada sus aberturas, y halló en una de ellas hermosos panales de perfumada miel; y como el náufrago, que en su última desesperación, al filo de un puñal se agarra por no morir, así él, á riesgo de la vida, dobló sin miedo el cuerpo sobre la abertura, hasta que en una de sus hendiduras su mano pudo asir el más grande de aquellos panales. Y comió, con los ojos chispeantes de alegría y el cuerpo convulso por el placer. Por una y otra vez tornó á inclinarse sobre la abertura en busca de más alimento, hasta que hubo satisfecho el hambre. Entonces envolvió en yerbas buena cantidad de aquella miel, y ya se disponía á descender con ella de la roca, cuando el ave gritó desesperadamente como niño que se vé desamparado.

—Ah! me había olvidado de tí, á quien debo la vida; ¡qué egoistas nos vuelve el placer! Toma, le dijo, y puso en la roca cuanta miel le quedaba.

El ave no se lanzó á cogerla hasta que vió al hombre lejos de aquel paraje. ¿Quién la enseñaba á ser recelosa con el que había favorecido?

—Oh! exclamó el príncipe hambriento, contemplando el ave; ¡quién me diera poderte apresar para llevarte á mi palacio! Jaula de oro habías de tener, para mostrar á las gentes de estas tierras, cómo se agradecer los beneficios hasta á las aves.

Ay! así siempre son los príncipes egoistas, que aprisionan con la magnificencia de sus mercedes.

II.

—Otro enemigo háse de levantar ahora con-

tra mí, decía el príncipe caminando á la ventura; á fé mía que abandoné la selva por no perecer de hambre, y he ganado esta llanura para perecer de sed. Pero nó, que Alá viene en mi ayuda, que allá á lo lejos veo un hombre que se inclina, al parecer sobre un manantial; corramos en pos de sus aguas.

É hizo el príncipe sediento ligero el paso, hasta que se halló cerca de lo que en efecto era una fuente copiosa, que salía de entre unas peñas.

Sentado á su orilla había un anciano de noble aspecto, que vestía un muy descompuesto traje berberisco. Luciente y blanca como la plata caía-le en el pecho la barba; sostenían sus manos la frente venerable, y los codos tenía apoyados en las rodillas; una sonrisa de indefinible placer se dibujaba en su rostro, y tan sumergida tenía el ánimo en sus deleitables pensamientos, que no se cuidó del sediento, que casi á sus mismos piés estuvo bebiendo buen espacio de tiempo de aquellas aguas cristalinas.

—Alá sea contigo, buen anciano, le dijo el príncipe cuando bebió. Y sin duda no oyó el viejo sus palabras, porque siguió sonriéndose sin contestarle.

—No me oyes? preguntóle con voz más alta; en qué piensas que no me respondes cuando te saludo en nombre de Alá?

—Pensaba en ella como siempre, dijo el anciano sin levantar la cabeza.

—Y quién es ella?

—La sultana de Andalucía.

—Qué has dicho?

—Qué te asombra? Mis ojos la adoraron cuando mis ojos pudieron adorar! Era deleitable su sonrisa, como el alba que sonríe en la sierra coronada de nieve. Oh! y cómo suspiraba el arroyo, y las flores se estremecían de placer, y los pájaros cantaban, y el musulman caía de rodillas cuando la veía sonreír. Sus ojos, serenos como el cristal de una fuente tranquila, y lucientes como las armas de un guerrero, tornaban triste y melancólica á la luna y al sol alegre y ardoroso; su habla era el arrullo de las palomas, las trovas de los bulbules, el suspirar de los céfiros y los gemidos arrancados á las guzlas africanas por las cautivas del harem; su aliento era suave como el aroma de los jazmines y las rosas; y era esbelta más que las almenas de Alejandría y los castillos de Damasco. Oh! y qué de enamorados tuvo entre los príncipes cristianos, y cuántos caballeros lidiaron por su hermosura, sucumbiendo al pié de los muros que custodiaban su beldad.

—Oh! decidme el nombre de esa sultana, dijo con ansiedad el príncipe moro.

(1) El cuclillo, indicador de los bosques de África.

—Yo la amaba como ninguno, prosiguió el anciano sin contestar, porque desde muy niño la habia conocido. Luché por ella con indomable valor, como león á la entrada de la cueva donde está la hembra con sus cachorros; y ella pagó mi valentia con dulces favores, que tengo aun grabados en mi ánima.

—Su nombre, anciano, rugió el príncipe extraviado; el nombre de la sultana.

—Mas fué liviano su amor, continuó el anciano sin darse cuenta de aquellas palabras; Alá condene á los infames que urdieron las intrigas para acabar con nuestros amores. Aquellos desdenes malhadados encendieron mas mi pecho en su codicia y fueron causa de su deshonra; y sin fama y sin honor aun estoy suspirando por su hermosura.

—Por el ángel Azrael, anciano, gritó el príncipe echando mano á su puñal, que me digas el nombre de esa sultana.

—Su nombre, contestó el anciano, todos los dias lo murmuran las ondas de la mar, al adormirse en estas playas africanas.

—Oh! era mi Moraima?

—No: era Granada, era mi patria; dijo el anciano levantando la frente y dejando ver sus ojos ciegos por la mano del hombre.

—Quién eres tú? dijo el príncipe perdido; yo conozco esa voz y trae ira á mi corazon y recuerdos de venganza á mi memoria.

—Mira, exclamó el anciano, mostrándole un rótulo en arábigo, que llevaba á la espalda:

Este es el rey desventurado de los andaluces, —leyó el príncipe en alta voz; y luego, fuera de sí, gritó:

—Tú mientes, viejo impostor; en Granada no ha habido otro rey sino yo, que soy Boabdil, el hijo de Muley-Hacem y de Aixa la Horra; yo soy el Togoibi (1) de quien estaba escrito que á Granada habia de perder, y ahora lo soy mas que nunca, porque estoy lejos de ella, y Alá no te devuelve la luz á los ojos para que yo, frente á frente pudiera arrancarte el corazon, vil Abdalá, mal llamado el Zagal (2) por los cobardes de quienes solo fuiste rey.

—¡Cobardes los que vencieron en la Axarquía á los mas bravos y lucidos caballeros de Castilla y Aragon! Cobardes los que en Baza hicieron tornar brida á las huestes cristianas, capitaneadas por su mismo rey. Oh! tú, desdichado sobrino, sabes que no fui cobarde, y que espanto y terror de las fronteras, bien me llamaron el Zagal los que me nombraron rey. Cobarde! y estoy

delante de tí, que eres mi mayor enemigo, consumido por los años y sin luz en los ojos, para evitar los golpes de tu cimitarra, y aun mis piés no se han vuelto para huir, ni mi cuerpo se ha estremecido, y solo y ciego, y sin huestes que me acompañen, aun te estoy disputando el título de rey.

(Continuare).

Francisco Jimenez Campana.

VARIETADES.

EL PODER DEL SUFRIMIENTO.

En medio de una conversacion familiar, dijo cierto dia un sacerdote las siguientes palabras: «Queréis convertir á una familia? Poned en medio de ella un alma que sepa sufrir.

«Queréis el regreso á Dios de un alma que os sea querida? Sufrid por ella.»

Oyólas una niña del pueblo que acababa de hacer la primera Comunión, y por una gracia especial del cielo las comprendió.

La pobre niña habia visto á menudo á su madre llorando, y se llenaba de vergüenza, cuando casi todos los dias su padre volvía por la noche embrutecido por el vino.

El dia en que le fué revelada la fuerza del sufrimiento, abrazó á su madre con una efusion de ternura que conmovió á la desgraciada esposa y le dijo: «Madre mia, estad alegre: pronto, ya lo veréis, mi padre no os hará llorar más.»

Al dia siguiente, cuando se reunieron al medio dia para comer, único acto en que se reunía la familia, la niña tomó la bebida y un pedazo de pan y rehusó lo demás.

—No te sientes bien? le dijo su madre maravillada.

—Sí, madre.

—Come pues, díjole su padre

—Hoy no puede ser.

Creyóse que era un capricho, y por todo castigo se dejó á la niña en su capricho.

Por la noche el padre volvió borracho como siempre; la niña que ya se habia acostado, pero que no dormía, lo oyó blasfemar y se puso á llorar. Era la primera vez que el *blasfemo* le arrancaba lágrimas.

Al dia siguiente al sentarse en la mesa, tampoco quiso tomar otro alimento que pan y agua.

La madre empezó á inquietarse y el padre se irritó.

—Yo quiero que comas, le dijo éste encolerizado.

—No, replicóle la niña con firmeza, no lo haré, mientras os emborracheis, hagais llorar á mi madre y blasfemeis: lo he prometido al buen Dios, y quiero sufrir para que no os castigue.

El padre inclinó la cabeza. Por la noche volvió sereno y la niña estaba encantadora por su alegría, por sus gracias y apetito.

Pero el hábito arrastró otra vez al padre y la niña volvió á ayunar. Esta vez el padre no se atrevió á decirle una palabra: solamente rodó por su mejilla una gruesa lágrima y cesó de comer: su madre tambien lloraba; solo la niña estaba tranquila.

Luégo levantándose aquel y estrechando á su hija entre sus brazos, la dijo:

—¡Pobre mártir! y esto lo harás siempre?

—Sí, padre mio, hasta que ó yo muera ó V. se convierta.

—Hija mia, hija mia, ya no haré llorar más á tu madre.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.

(1) Desgraciadillo.

(2) Valiente.